

de las ciencias sociales que, polemizando contra quienes suponen que las estrategias del poder aun residen en el pensar y el actuar, sospechan que los campos cognoscitivo y práctico están siendo relevados en importancia por la *aísthêsis*. Perniola recoge y analiza la evidencia concluyendo que, pese a la afirmación de que “vivimos en una era estética”, no se trata de un sentir vivido como una experiencia interior, sino que prescinde de la primera persona. El autor recupera la expresión “moneda viviente” de Klossowski para hacer referencia a este horizonte de extrañamiento que comporta una profunda transformación de la relación entre el hombre y el mundo, hasta el punto de que el propio hombre deviene cosa.

Del sentir se abre con una primera parte en la que se describe el proceso de cosificación de la sensación que tiene lugar en la sociedad actual, valiéndose de nociones de la sociología y la teoría crítica para introducir un neologismo, “sensología”, definido como una nueva forma de poder que hereda las formas de dominio ya superadas. Si la ideología, en el plano cognitivo, había reemplazado el pensamiento por lo ya pensado, y la burocracia, en el de la acción, el hacer por lo ya hecho, en la actualidad nos enfrentamos a un “falso sentir” en el que objetos, personas y sucesos se nos aparecen como “lo ya sentido”. La caracterización de este nuevo modo de sentir ya fue esbozada en *El hombre sin atributos*, de Robert Musil, a quien se refiere como el escritor que supo trazar, en la primera mitad del siglo XX, los rasgos fundamentales de la condición en que nos encontramos a comienzos del siglo XXI.

Resulta interesante recordar que, en italiano, “sentir” significa percibir por medio de los sentidos, pero más específicamente oír, escuchar. Perniola considera que las descripciones de la sociedad contemporánea como sociedad de la imagen, en las se hace hincapié en la dimensión visual (continuación tanto del pensamiento griego como del moderno), son insuficientes: lo ya sentido se parece más a un “ya escuchado”. La preponderancia del oído sobre los otros sentidos, implícita en la palabra italiana, no es una trampa lingüística sino que refleja un aspecto importante de su propuesta.

En un segundo movimiento, procede a una revisión de los modos de pensar la facultad de sentir en la estética moderna, a partir del siglo XVII, en una aguda e incisiva “arqueología del sentir” estructurada a partir de cuatro ejes fundamentales: el político (Hobbes), el económico (Adam Smith), el ideológico (Marx) y el burocrático (Weber). Cada modo de sentir alternativo al poder establecido se desdobra en una forma subjetiva del sentir y en un sentir impersonal. De este modo, formas subjetivas del sentir serían la pasión (Descartes), el sentimiento (Kant), el *pathos* (Hegel), o la vida (Simmel). Al mismo tiempo se desarrollan propuestas referidas a un sentir sin sujeto, expresado en las ideas de raptó (Gracián), sentido (Vico), corazón (Kleist), y forma (Worringer).

A pesar del radicalismo con el que se afirma el poder de la sensología, ¿queda alguna posibilidad de evitar la absoluta aniquilación del sentir? En la tercera parte del libro, Perniola dirige su mirada a la antigüedad clásica (a la manera en que lo

hicieran Nietzsche o Husserl), para extraer de la sabiduría antigua un conocimiento nuevo acerca de la modernidad, haciendo especial hincapié en la noción de “nacimiento” (Lorca) y en la *epojé* escéptico-estoica. La posibilidad de alcanzar un sentir directo se halla relacionada con el vínculo entre el hacer y el sentir; consiste, por encima de todo, en obrar sobre uno mismo para salir de la impasibilidad metafísica y del dualismo entre actividad y pasividad a través de dos formas diferentes: la serenidad, el sentir cósmico del sabio estoico, y el trance, el sentir teátrico del poseído. Ambos confluyen en el sentir filosófico, reunión de sabiduría y alegría, personificado por Sócrates. Su sabiduría es una búsqueda, siempre germinante. Si cabe pensar en una alternativa radical contra el totalitarismo sensológico, tal sería propiamente la vida filosófica, pues el cuerpo social que genera esta búsqueda llevada en común (*diálogo*) ofrece la mayor experiencia de ritualización.

En conclusión, aunque su primera edición en italiano se remonta al año 1991, *Del sentir* aporta una interesante reflexión acerca de cuestiones y problemas fundamentales en los debates actuales sobre el alcance de una teoría crítica de la sociedad vigente. Hoy, “la pregunta de quién siente es reemplazada ya definitivamente por la de quién administra y gestiona la circulación de lo ya sentido”. De ahí la necesidad de pensar los vínculos todavía actuales entre ideología y sensología, entre burocracia y mediocracia, entre especulación y especularidad.

Estefanía Dávila Martín
Universidad Pública de Navarra